

## La piedad: sentimiento religioso en María Zambrano

Filosofía y Mediación, pensamiento y salvación... ahí están los límites y el pensamiento fronterizo que tanto gustaba a María Zambrano. La idea de la filosofía como salvación del individuo está en el origen: vivir antes de la separación entre filosofía y vida, entre razón y sentir. En el hondón está la palabra que salva y salva porque recupera el sentir de lo sagrado.

María Zambrano llama piedad a la religión del corazón; en *El hombre y lo divino*, dice que es la virtud que sabe tratar debidamente a los dioses, porque ser virtuoso depende también de un saber adecuado. La piedad, en definitiva, es un modo de ser hombre. En este sentido, la religión es antes que cualquier conciencia o que cualquier creencia, lo cual es importante porque María Zambrano busca siempre lo originario, antes de la dualidad del ser o de la ruptura de la identidad humana. Así, la idea zambraniana de la filosofía como salvación, porque le atrae esa realidad fundante que impacta siempre y que llega a todos.

Se ha hablado mucho, y con razón, de la búsqueda zambraniana por una filosofía más humana; pero su interés no se ciñe sólo a la necesidad de una reflexión realista y próxima a la persona, sino que trata sobre todo de ahondar en el sentimiento religioso como sabiduría distinta a la razón, pues aquel posibilita actitudes y modos de existencia que son enormemente vitales.

Este carácter realista y vivencial puede decirse que impregna toda su obra que es, al mismo tiempo, enormemente poética; pero ahora queremos subrayar que María Zambrano no se refiere al tema religioso tangencialmente sino que éste es un horizonte fundamental y constante. Además, hemos creído ver en su escrito «*El trato con lo divino: la piedad*» el sentir religioso desde un acercamiento cercano y vivo, alejado, por tanto, de lo vago, lo abstracto o lo teorizante.

En este texto desarrolla dos polos fundamentales de la relación entre Dios y el ser humano: la conciencia como forma de intimidad y punto de partida de dicha relación, y una propiedad inherente de la misma, que es el delirio cuya forma de ser es la piedad. La centralidad de la religión en esta filosofía se observa porque partir de la conciencia significa subrayar lo religioso como núcleo de la personalidad humana, íntima y profunda, e igualmente es importante señalar el modo, la forma de esta relación que, en ningún caso, se nos aparece como indistinta ni confusa; esta es, el delirio y la piedad.

## LA CONCIENCIA

Hablar de la conciencia supone, de nuevo, incardinar la filosofía zambraniana en la corriente del pensamiento español que rechaza el racionalismo reductivista de gran parte de la filosofía occidental. Significa, además, rescatar lo sagrado como lo originario del ser y sentir humanos, pues la conciencia es la raíz ontológica de lo humano, algo más profundo y sustantivo que la razón y no puede ser reducida a ella. Es una manera de sentir y percibir la realidad que, siendo racional, es también sensitiva, estética, espiritual<sup>1</sup>. En la conciencia se da, al mismo tiempo, la consciencia de ser y el deseo de lo que se quiere ser, reali-

<sup>1</sup> La conciencia es, pues, raíz vital pero también capacidad de transformación de la vida; lo cual aleja o acerca a María Zambrano del pensamiento de Ortega pues, en ningún caso, hemos sostenido un carácter circunstancionalista o relativista de la obra de Ortega. Cfr. Sánchez Venegas, J. *Origen común y desarrollo divergente en los sistemas filosóficos de Henri Bergson y José Ortega y Gasset*. Univ. Complutense, Madrid, 1985.

dad y aspiración, inmanencia y trascendencia, actualidad y proyecto, identidad y heterogeneidad.

Esta armonía propuesta por María Zambrano es y ha sido tradición en el pensamiento español desde la mística carmelitana hasta el siglo XX con momentos brillantes como Unamuno, Ortega, Zubiri que desarrollan un pensamiento actual, en tensión siempre por las preguntas pertinentes e inquietantes de la sabiduría humana y, preocupado también, por la realidad vigente. De este modo, pervive un pensamiento vigoroso que se hace preguntas últimas acerca de la propia realidad, la del otro y lo otro, en muchos casos, mediante la creación ética. Esta problemática rechaza los racionalismos e idealismos; así María Zambrano critica la identidad por admitir una idea estática de un sujeto puro de conocimiento quedando fuera la fe, la esperanza, el deseo de perfección todo lo cual es, según sus palabras, «la fuerza propagadora de la fe cristiana que nacida fuera del ámbito de la razón filosófica - de las escuelas- supo infiltrarse primero, ganar avasalladoramente en seguida el ánimo del hombre desamparado»<sup>2</sup>

Gracias a la conciencia se descubre un ser interior, enormemente activo, con el que cada uno dialoga en un afán constante de perfección, puesto que en ella se descubre la certeza moral y, al mismo tiempo, esa relación dialogal que nos hace saber que el ser humano es un ser abierto a otro, o dicho de otro modo, que su identidad no es cerrada sino que está abierta a Dios.

Dios está en el fondo de esa conciencia que constituye el ser del hombre, oculto e inescrutable, aunque manifestándose mediante las cosas singulares que de él, nos dan noticia y por cuyo conocimiento adecuado le reconocemos<sup>3</sup>

Así, pues, nuestra identidad es conciencia de una relación dialogal que debe vivir en permanente vigilia o cuidado de sí mismo, fruto del cuidado con el que somos tratados. Este motor es el que pone en con-

2 Zambrano, M *El Hombre y lo Divino*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1973, p. 199.

3 Zambrano, M. «La salvación del individuo en Espinosa» *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* (Madrid), 3 (febr.-marzo 1936) p. 12.

tacto a los seres humanos y tiene que ver con el juicio moral y con la libertad, razón y amor.

Y es que la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la razón, sino en el delirio. La razón encauzará el delirio en amor <sup>4</sup>.

## EL DELIRIO

María Zambrano habla frecuentemente del delirio, tanto en su obra *El Hombre y lo Divino* como en su escrito autobiográfico al que titula *Delirio y Destino*. Esta forma de ser tiene que ver con lo religioso: «En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver» <sup>5</sup>. Esta mirada que percibe en su propia vida es el inicio de toda su búsqueda filosófica, delirio por saber el origen de esa mirada, del sustento del sentirse en compañía incluso, el porqué de la soledad humana. Y cómo no, el dato cierto del reconocimiento y necesidad del vivir religioso.

Entonces, esta instancia superior y desconocida se hace sentir dentro del hombre mismo. Es dentro de sí, donde siente es realidad suprema que le impulsa y le lleva sobre todo obstáculo. <sup>6</sup>

La religión se constituye más que en una pregunta —lo cual es siempre un problema ontológico— en una respuesta —lo cual tiene que ver con la moral— y, mejor aún, con la mística. Porque la vida humana consiste, entonces, en desentrañar esa mirada que es la certeza de una presencia amorosa en cada una de nuestras vidas. Esta convivencia sitúa el hecho religioso en reconocer la existencia de alguien, que nos ama «son razones del corazón que sólo el delirio da a conocer». <sup>7</sup>

El delirio es saberse amados sin límites, de ahí que se abra un largo camino de descubrimiento en el que se van interiorizando deseos,

4 Zambrano, M. *El Hombre y lo Divino op. cit.*, p. 28.

5 Zambrano, M. *El Hombre y lo Divino op. cit.*, p. 31.

6 Zambrano, M. *El Hombre y lo Divino op. cit.*, p. 34.

7 Zambrano, M. *El Hombre y lo Divino op. cit.*, p. 223.

degustando los más selectos, los más complacientes, de modo que, en efecto, el vivir y el saber se entrelazan, alejados, por fin, de una ciencia que no tuviera como razón la felicidad humana, lo cual disgrega y expulsa las verdaderas energías que conducen al auténtico progreso, que al tiempo enriquece al individuo le hace solidario del hermano, descubridor del rostro del otro al que llama prójimo. Esta es la felicidad como proyecto común de un amor, que, sin amarse a sí mismo egoistamente, vive la victoria del deseo transformado en esperanza. Consecuencia del delirio es la piedad, porque saber tratar a los otros es superar el mal desde el bien.<sup>8</sup>

Y nadie duda que la reflexión filosófica, que no plantea la existencia del mal en el mundo y su posible solución, no hace más que esquivar la verdadera cuestión a pensar, por no decir que se encuentra en la mera opinión de las cosas o en lo superfluo. Por el contrario, María Zambrano toma como punto de partida de su filosofía este problema. Y desde esta perspectiva comprendemos su interés por la búsqueda de lo originario, su dedicación a los límites del saber y la relación entre filosofía y poesía, su metodología antropológica-narrativa y autobiográfica, sintetizada en la razón poética.

En *El hombre y lo Divino* se ocupa del origen de los dioses. Si el mito narra la historia sagrada de la creación, el delirio expresa la necesidad más clara de unión del hombre con Dios; si aquel explica la actividad divina, el delirio habla de la búsqueda del hombre. Ambos describen lo sagrado, y en este punto María Zambrano trata de responder como intelectual a esta esfera de lo humano en donde se da el misterio, lo sagrado y la necesidad de desentrañar el origen y el destino.

En este ámbito de lo sagrado queda patente la finitud y con ella, la presencia del mal en el mundo. Como intelectual responde, lo cual reviste a su reflexión filosófica de una visión moral que, en su caso, es estrictamente religiosa, a la que contribuye con su peculiar modo de acercamiento a lo real, su verdad metódica, como razón creadora y engendradora de símbolos. Desde esta perspectiva entendemos tam-

<sup>8</sup> «La piedad es acción porque es sentir, sentir «lo otro» como tal, sin esquematizarlo en una abstracción...» Zambrano, M., *El Hombre y lo Divino*, op. cit., p. 216.

bién que María Zambrano no admita ni racionalismos, ni idealismos, porque su honda conciencia religiosa le hace experimentar otra clase de razón.

Y sólo encontraba la calma, cuando a solas en su cuarto o en el jardín o entre la gente, sentía aquella presencia no sabía qué; se sentía mirada, vista desde lo alto, esto es lo más cerca a la verdad, más libre de interpretación.<sup>9</sup>

Por tanto, este delirio supone, sobre todo, que el ser humano posee metas, proyectos abiertos pues, en manera alguna, ha sido creado con cadenas, aunque haya ido atándose, ya que en el principio era el delirio, que es saberse amados por el mismo Dios. Este es nuestro verdadero origen, lo demás son avatares, por arriesgados que éstos sean.

El hecho religioso es conciencia y sensibilidad de este misterio que es la realidad que nos rodea, tocarla, acercarse a ella, es la piedad, el vivir humanizante; lo contrario sería admitir lo abstracto, abandonar los símbolos y alejarse del estar siendo propiamente hombre.

## LA PIEDAD

Filosofía y Mediación, pensamiento y salvación... ahí están los límites y el pensar fronterizo que tanto gustaba a María Zambrano. Idea de una filosofía como salvación del individuo, la cual debió darse en un originario vivir, antes de la separación entre filosofía y vida, entre razón y sentir.

La potencialidad del cristianismo la cifra —a nuestro parecer— no sólo en la conciencia como raíz ontológica de la personalidad, sino en esta piedad, como religión del corazón, que es virtud, capacidad de ser y de tratar adecuadamente a los otros, especialmente, a Dios. Ello explica que la conducta humana no puede reducirse simplemente a hechos sino que la piedad lleva en sí misma un afán de transformación que posibilita el dinamismo y la perfectibilidad del ser humano, y en con-

9 Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 23.

secuencia el rechazo de las corrientes conductistas que reducían la conducta a una forma compulsiva y determinista de obrar. En efecto, la piedad es sentir lo sagrado, es religación, convivencia anterior a toda creencia y base de toda religión. Recuperar este sentir es la idea zambraniana de la filosofía y de la salvación, estado originario de una realidad fundante que impacta siempre y que llega a todos. En la piedad está la palabra que salva y salva porque reconoce lo sagrado; por tanto, es un modo de ser hombre y un modo de ser virtuoso, lo cual depende también de un saber adecuado.

Con su originalidad, María Zambrano llama piedad a esa forma de vida que es la propiamente humana en tanto que es la única, frente a la de los demás seres vivos, que puede «transformar el simple vivir» en «experiencia». Experiencia, según sus palabras, es saber «de las cosas de la vida» y la filosofía se interesó por la vida en la época de Platón porque entonces entendía la verdad como liberación, también en la de Max Scheler con su concepto de «simpatía», e incluso dice: «El más volteriano de los lectores no podría descubrir rasgo alguno de ironía que ataque a la esencia de esta virtud»<sup>10</sup>

La piedad es saber mirar —cuidar del otro— porque la mirada habla siempre de encuentro y, por tanto, salida de los límites de la propia y clausurante naturaleza individual. El privilegio de la piedad consiste en llenarse del vivir de otro, aceptar incluso asumir la alteridad, de modo que, al final, unos y otros, caminemos enriqueciéndonos y, al transformarnos, nos conformaríamos con lo mejor de sí mismos.

La filosofía zambraniana subraya la piedad en el mismo sentido que se aleja de la metafísica del ser como concepto abstracto. Su rechazo a la identidad de Parménides se debe a que anula y no reconoce la realidad concreta, es decir, estas teorías reductivistas no sirven para explicar el vivir cotidiano. La piedad, sin embargo, es justamente saber no sólo que existe «lo otro», sino algo más íntimo, más cercano «saber tratar lo otro» y «saber tratar debidamente a los dioses». Cuando lo otro se presenta como lo extraño, lo distinto a sí mismo, entonces surge

10 Zambrano, M., *El Hombre y lo Divino*, op. cit., p. 202.

la pregunta por la realidad y aparecen dos caminos: si la pregunta espera una respuesta desde el logos entonces comienza la filosofía; si se invoca una convivencia, una forma de trato, una implicación no sólo intelectual sino también afectiva entonces se da el hecho religioso.

Quiere decirse que el camino de la razón intenta apresar la realidad toda y el de la piedad busca la religación con el misterio. En este segundo camino no se intenta acaparar la realidad, sino se acepta el misterio. El misterio es reconocimiento de la dificultad que encierra el saber acerca de la realidad, por tanto, más que ciencia es un saber comprensivo. La religión reconoce lo sagrado y, aún más, se pretende una forma de cuidado, de atención, que lleva una donación u ofrecimiento de lo mejor de sí mismo, esto es, el sacrificio.

El saber que corresponde con la realidad, significado en el sacrificio, es sin duda, la inspiración... Pues la inspiración —cosa olvidada ya en los tiempos modernos— ha de arrebatar en el instante en que es recibida, pero exige después una delicada medida, un saber tratar con ella, como sucede con todo aquello que estando en nosotros no nos pertenece. Y, así, el saber por inspiración pertenece por entero al mundo de la piedad,...<sup>11</sup>

Es indudable que la realidad —como dirá Zubiri— se impone y María Zambrano dice que obliga al sacrificio, medio para encontrar la liberación. La finura de este intercambio será índice del progreso del vivir humano. Según Zambrano el estoicismo ha sido el saber que mejor ha encontrado la armonía entre el pensar y el vivir, sin que una parte anule a la otra, porque la armonía es necesaria; cómo explicarse si no un comprender que no sirva para vivir o un vivir sin comprender.

Este saber tiene que ver con la poesía, que —como ha dicho tantas veces— es donación, ofrenda, inspiración. María Zambrano incide, pues, en un pensar poético, constructivo que tiene que ver con la razón y el sentir, es un pensar que viene de alguien y se hace tradición, algo que se recibe y algo que también se da, ofrenda que implica un vivir concreto, porque habla de aquello que está sucediendo y no es, en

11 Zambrano, M., *El Hombre y lo Divino*, op. cit., p. 210-211.

modo alguno, una abstracción. Este saber que implica el vivir humano, que obliga a compartir y a ofrendarse es un saber cercano a la vida, y a una vida religada, presta a la donación de algo importante para que todos podamos mejorar la propia. María Zambrano sólo ha reflexionado sobre el ser humano y, como vemos, sobre lo más íntimo: la relación del hombre y lo divino.

De este modo, el saber tiene que ver con un conocimiento penetrante de la vida que lleva a la libertad porque entraña valores que elevan la naturaleza humana y su afán de justicia.

JUANA SÁNCHEZ-GEY VENEGAS  
Universidad Autónoma de Madrid